

sentan bajo cierta forma determinada (1). Proclama en todo caso con tanta fuerza la continuidad entre la religión y la irreligión, que lo que la religión tiene de mejor (y por consiguiente la verdadera tendencia que lo hizo nacer) debe ser sostenido en la irreligión.

(1) Consúltese acerca de este punto mi *Religions philosophie*, párrafo 31.—Fouillée (*Le mouvement idealiste*, pág. XXII) considera la «irreligión» de Guyau como una religión del porvenir, aunque el mismo Guyau no la hubiese llamado así. G. Buisson (*L'éducation morale et l'éducation religieuse*, en la colección *Questions de morale*, París, 1900, pág. 329), cree que puede merecer ante todo el nombre de «religión». El nombre, como es natural, no significa mucho.—Fouillée, suegro de Guyau, en su obra *La moral, el arte y la religión según Guyau*, Madrid, Jorro, señaló bien los rasgos característicos de Guyau y dió un buen bosquejo de sus ideas. Josiah Royce, el filósofo religioso americano, hizo también un estudio muy interesante sobre Guyau (en un artículo de sus *Studies in Good and Evil*). New-York, 1898, págs. 379-384.

II

Federico Nietzsche.

II—Federico Nietzsche

a) — *Estudio crítico y biográfico.*

Se podría discutir—y en efecto se ha discutido,—si nos encontramos ante un pensador ó ante un poeta. En uno y otro caso, se puede sostener que las obras de Nietzsche hubieran ganado mucho respecto á su valor permanente y se hubiera logrado una armonía más grande, si hubiese adoptado para la exposición de sus ideas la forma del drama ó la del diálogo, ó también una forma análoga á la de los pseudónimos de Kierkegaard.

Ideas diversas y contradictorias se agitan, en efecto, en él, con igual pasión; se podría decir que no solamente en sus diversas obras sino, también y con frecuencia en un mismo trabajo, se presentan personalidades diversas. Si revistió con una forma poética su idea principal—ó en todo caso lo que constituyó según mi manera de ver, su idea principal, como procuraré hacer ver,—es porque no podía expresar más que con grandes trazos imaginados lo que tenía en el fondo del corazón. Erwin Rohde, el más ilustre de sus amigos de la juventud, le consideraba ante todo como un poeta, y por esto se alegró cuando «Zaratustra» comenzó á publicarse. «Tengo desde hace mucho tiempo el presentimiento de que Nietzsche sufre mucho con la abundancia de poesía, que no quiere resolverse en verdaderos poemas, y que le produce fiebre y dolor». El mismo Nietzsche se expresó muy claramente acerca de las relaciones que en él tenían el elemento poético y el elemento filosófico, y acerca de la importancia de estos dos elementos en el prefacio (1886) de una nueva

edición de su libro de juventud, *Los orígenes de la Tragedia*, diciendo que su labor continua es considerar la ciencia bajo el punto de vista del arte y el arte bajo el punto de vista de la vida. Este hecho muestra al mismo tiempo, que no sin razón caracterizó su tendencia con el mismo fundamento que la de Guyau, como una filosofía de los valores. Para Guyau la fuerza y la abundancia de la vida son su pensamiento fundamental, el más íntimo: Nietzsche, por su parte, leyó con gran interés muchas obras de Guyau. Lo que ha visto en ellas, fué el atribuir á la vida un valor nuevo y positivista, basándose en las enseñanzas de la historia y de la civilización. Acerca de este punto, lo que más llama la atención de la mayoría y salta inmediatamente á la vista, la teoría de la moral de señores y de la moral de esclavos, el dualismo social y el desprecio de la muchedumbre (del «rebaño»), solo es derivado y subordinado, y aun, como procuraré demostrar, falsamente derivado. En este punto, en la relación de su idea verdaderamente fundamental, con sus puntos de vista y antipatías especiales, se encuentran las mayores contradicciones. Aquellos de sus escritos en los cuales se encuentran derivadas estas teorías con relación á la idea principal (y además, falsamente derivadas), son, sin embargo, los más leídos. Su influencia literaria depende, sobre todo, de esta parte de sus producciones como escritor. Sin querer reanudar aquí la discusión que sostuve hace algunos años con Jorge Brandes á propósito de Nietzsche, no me parece bien dejar de advertir que no se estuvo en lo cierto cuando al traducir al danés las obras de Nietzsche se acentuó este carácter. Se insistió sobre lo que en él tiene carácter más contingente, en lugar de llamar la atención sobre lo que contiene de fundamental. Ahora que es fácil—sobre todo después de la aparición de tantos trabajos y ensayos sobre Nietzsche—abrazar de algún modo de un golpe de vista toda su producción, encuentro que el único punto, por decirlo así, en que estábamos de acuerdo mi contradictor Jorge Brandes y yo, era aquel en que ambos estábamos equi-

vocados. Unánimemente afirmábamos que Nietzsche es un adversario de la moral hedonista, y ahora está confirmado que Nietzsche era de hecho un moralista del placer, en el más amplio sentido de la palabra. Es conveniente hacer resaltar este hecho en ese punto de nuestro estudio, donde no tenemos que ocuparnos de lo que tal vez en Nietzsche, desde el punto de vista literario, es lo que tiene de más sensacional, sino donde debemos hablar, por el contrario, de lo que hay en él más decisivo que desde el punto de vista filosófico: sus ideas dominadoras, su fundamento y su combate.

El gran papel que desempeña en Nietzsche el elemento literario y poético, es causa de que se encuentren mayores dificultades, en su exposición y análisis, que en otros filósofos. Para hacer de él un retrato algo exacto, deberé extenderme algo más que si solamente se tratase de dar cuenta de sus ideas. Es verdad que hay un gran interés psicológico en estudiar las relaciones que existen entre el pensamiento, el arte y la vida en un genio que aspiraba á poner todo el pensamiento y toda la poesía al servicio de la vida para profundizarla y para dignificarla. Y aquí el provecho psicológico tendrá igualmente un sentido para la filosofía.

Federico Nietzsche nació el 15 de Octubre de 1844; descendía de una vieja familia de pastores de la Prusia sajona. Por su parte hubiera querido ser de origen más noble y creía que su bisabuelo había sido un noble polonés. Algunos de sus críticos, por el contrario, están persuadidos de encontrar en la misma sucesión de sus ideas al hijo de unos pastores. Siendo muy joven estuvo sometido á influencias distintas de las eclesiásticas, porque en la escuela y en la Universidad se consagró con ardor á los estudios clásicos. El conocimiento directo de la vida intelectual griega, y el entusiasmo que en él despertó, ejercieron una influencia capital en la orientación de las aspiraciones y sueños de toda su vida. Al mismo tiempo, el estudio de Schopenhauer, que compartió con sus estudios filológicos, tuvo para él una gran importancia. Otros filósofos ejercieron sobre él influencia; entre ellos,

Dühring y Alberto Lange; pero Schopenhäuer fué su verdadero «educador». A propósito del estudio que hacía de Schopenhäuer, escribía (en 1869) á su amigo Pablo Deussen: «Una filosofía que abrazamos por simple deseo de conocer, no llegará á ser nunca completamente nuestra, porque nunca *lo ha sido*. La verdadera filosofía de cada uno es la ἀναμνησις (recuerdo).» El deseo de conocer aparece unido siempre en Nietzsche al deseo artístico y al deseo de vivir. Esa es su fuerza y su debilidad á la vez—como pensador, porque sus ideas, efecto de su naturaleza impulsiva y sin armonía, le fueron dictadas con frecuencia por un estado de alma momentáneo ó por una reacción, contra las tendencias del mundo exterior.

Ricardo Wagner fué el segundo maestro de Nietzsche. Ya durante los años de carrera en Leipzig había conocido personalmente al gran maestro, y cuando en 1869 fué nombrado profesor de Filología de Basilea, tuvo relaciones muy íntimas con Wagner y su mujer, que en esta época habitaban en los alrededores de Lucerna.

Tuvo además un tercer maestro: la enfermedad, que durante muchos años minó sus fuerzas, terminando en una locura incurable. Contrajo esta enfermedad tomando parte como enfermero en la guerra franco-alemana. Había tenido por causa el contagio, y Möbius (*Sobre la patología de Nietzsche*) sostuvo por este motivo, que la enfermedad cerebral que Nietzsche padecía no dependía de su constitución primitiva, aunque ésta hubiese tenido cierta influencia sobre su desenvolvimiento ulterior, y aunque haya también de admitirse, que tenía predisposiciones hereditarias. Según Möbius, si el estado de Nietzsche empeoró, fué á consecuencia de un falso tratamiento y del abuso que hacía del cloral. Cuando Möbius está persuadido de poder indicar también en los escritos de Nietzsche el momento determinado en que la enfermedad debió haber comenzado á manifestar su influencia, creo que habla de memoria; pero volveré á insistir sobre este punto.—La enfermedad hizo imposible para Nietzsche, des-

pués de una lucha bastante larga, la continuación de su labor universitaria; además, el campo de la filología se había hecho muy reducido para él desde el momento en que los grandes problemas no le dejaban reposo, sino que, por el contrario, aguijoneaban su imaginación y su inteligencia. En 1879 se retiró, y en los años sucesivos vivió por lo regular en Engadina durante el verano y durante el invierno en Riviera. En los magníficos bosques de Engadina, en esta naturaleza de aire suave y de coloraciones suntuosas, por encima de las ocupaciones ordinarias de los hombres en los valles—en estas alturas y «á distancia», según lo que él mismo nos dice, nacieron algunas de sus ideas más famosas.

Lo que es particular á Nietzsche, es que sus tres educadores obraron sobre él del modo más decisivo, por la reacción que provocaron, ó por el efecto de contraste que ocasionaron. La enfermedad templó su voluntad y la valentía en los males fué su principal virtud. Conoció en su manantial los dolores de la vida y al mismo tiempo la fuerza exuberante de aquélla, que le permitía, á pesar de todo, afirmarse. No pudo nunca escapar á la educación de la enfermedad, mientras que en apariencia al menos pudo separarse de los otros dos maestros. Su ruptura con Ricardo Wagner, que aún vivía, fué dolorosa. El pesimismo de Schopenhäuer, fué el que le hizo alejarse de él en cierta fase de su evolución; lo que le separó de Wagner, fué tanto el pesimismo de este maestro como su adhesión al cristianismo medioeval, que creyó encontrar en el gran músico, cuyas debilidades humanas se revelaron poco á poco á su mirada penetrante. Había admirado y amado á «Sigfredo»; ya Wotan—¡el dios pesimista!—le había causado admiración; odiaba á «Parsifal». Primitivamente había admirado el arte de Wagner, que calificaba de «dionisiaco»; más tarde sólo vió en él una manifestación de la decadencia.

Cuando se estudia la biografía de Nietzsche, es natural que se busquen sucesos de su vida que hayan podido ponerle en contacto con el pueblo, el gran monton, el «rebaño»,

como decía más tarde. En efecto, podríamos atenernos al hecho de haber tenido ocasiones numerosas de ver agitarse los hombres en grandes masas. Solo se encuentran dos ocasiones de este género, y las dos hicieron nacer en él el desprecio. La primera vez tuvo por motivo el espectáculo de los estudiantes alemanes, con borrachera de cerveza. La segunda fué el público del teatro de Baireuth, que no respondió á la expectación en que él consideraba un auditorio ideal, con ocasión del renacimiento del arte elevado.—Por el contrario, Nietzsche nunca tuvo ocasión de vivir en medio del pueblo, ni de conocer sus esfuerzos, ni su facultad de desenvolvimiento y de organización; vivió completamente extraño á los más grandes hechos sociales del siglo XIX.

Se pueden distinguir muchos períodos en el curso de su enfermedad. Su estado de salud empeoró hacia 1879, para mejorarse en los años siguientes y agravarse después en 1888. Entonces se produjo una catástrofe. Enviaba á muchos de sus amigos cartas firmadas, ya con el nombre de «Dionysios», ya con el de «Crucificado». Un día, en Turin, cayó sin conocimiento en la calle. Un amigo le condujo á Basilea, desde donde más tarde fué llevado á su país. Los últimos años de su vida los pasó en un estado de embrutecimiento completo en Weimar, rodeado de los cuidados cariñosos de sus parientes. Murió el 25 de Agosto de 1900. Como no se le hizo autopsia, no se pudo determinar de un modo absolutamente cierto la naturaleza y la localización de su enfermedad. La hermana de Nietzsche cree que el uso inmoderado del cloral, fué la causa principal de su última enfermedad.

Nietzsche era el hombre de los contrastes. El contraste que en él llama más la atención, el que imprime su sello sobre todas sus ocupaciones y que fué fatal para su vida y su valor, es el que muestran su entusiasmo elevado y su profundo disgusto. En circunstancias normales estos dos contrastes constituyen aspectos diferentes de un mismo estado de alma fundamental; en Nietzsche eran potencias enemigas, que se disputaban el imperio de su espíritu y de su volun-

tad. Esta lucha fué su ruina. La admiración de lo que es grande y elevado, el ardiente deseo que le lleva hacia estos objetos y el deseo de trabajar para ellos: tal era, sin duda, el fondo más íntimo de su alma; pero la antipatía hacia lo que es bajo y débil y el desprecio que estas cosas le causan, se apoderaron de él y le hipnotizaron, y resultó que la causa por la cual quería luchar, cedió el puesto á aquella que quería combatir. Las disposiciones «reactivas»—que él mismo despreciaba, sin embargo, en los otros, se apoderaron cada vez más de él.

El mismo sentía el peligro que amenazaba su vida espiritual. En 1874 escribía á Mlle. de Meysenbug: «¿En qué estado me encontraré después de haberme desembarazado de todas las indignaciones que en mí se ocultan?; y, sin embargo, puedo esperar que poco más ó menos dentro de cinco años no estaré lejos de este fin magnífico.»

Esta esperanza no se realizó, ni aun después de haber comenzado á trabajar en la exposición positiva de sus ideas. El mismo año que precedió á la catástrofe interrumpió la continuidad del trabajo para dar rienda suelta á sus antipatías, si bien antes tuvo frecuentemente ocasión de manifestarlas.

El lugar preponderante que ocupan las antipatías en su producción, forman contraste, no solamente con su entusiasmo, sino que también están en contradicción con su carácter, todo ternura y bondad, tal cual se revelaba en la intimidad. De esto también él se daba cuenta. En una carta á Mlle. de Meysenbug (1875), decía: «En este otoño he resuelto comenzar cada día preguntando: ¿Hay alguno á quien podrás hacer bien hoy?... Con mis obras produzco tantos disgustos, que bien debiera ensayar resarcirme de algún modo de estas pérdidas». Algunos años más tarde (1883) escribió á Erwin Rohde, diciéndole que sabe perfectamente que la imagen que sus libros presentaban entonces de él (en el momento en que sostenía la más violenta polémica en su actividad literaria) no está conforme con la que su amigo lleva en el fondo de su co-

razón. Tiene, en realidad, una «naturaleza distinta» (distinta de la que se revelaba en este momento en sus escritos); ¡si no hubiese tenido más que la «primera», con mucha anterioridad se hubiese agotado! El gran predominio de las antipatías no está solamente en contradicción con el entusiasmo y con el amor, sino también con el optimismo, que Nietzsche defendía tan apasionadamente durante sus últimos años. Cada vez más y en términos brillantes pedía que se afirmase la vida, que se reconociese su valor. ¿Pero cómo podía pedirlo, si el mundo está lleno de disgusto y de miseria, como lo repetía siempre y como nunca ha cesado de decirlo?

Las disposiciones opuestas no pudieron nunca reconciliarse en él, ni bajo la forma de plenitud de espíritu, ni bajo la de profunda melancolía. Se dijo de Shakespeare que su humor es la expresión de su fidelidad á la vida. Nietzsche no fué capaz de mostrar de este modo su fidelidad; tal vez esto procedía de que no era ni señaladamente poeta, ni definitivamente pensador, y que en este respecto, dos naturalezas iguales luchaban en él. Guyau, que vivió en la misma época, y que en muchos puntos compartió también con él sus pensamientos, encontró en la melancolía y en el eterno esfuerzo del pensamiento el equilibrio armonioso. Esta forma también fué rehusada á Nietzsche. No llegó á encontrar un color dominante que fundiese en sí los tonos opuestos. Sus oscilaciones entre la embriaguez donisiaca y el desacorde devorador, le llevaron siempre muy cerca de la disolución. Hay motivo para buscar en esto un efecto de la enfermedad. Luchó valerosamente contra ella, porque era un hombre de valor, un hombre de voluntad. Sentía fuertemente «la vehemencia de las oscilaciones interiores»; pero cuando sus críticos le trataban como «excéntrico», decía con altivez: «Estos señores, que no tienen ninguna idea de mi centro, de la gran pasión por la cual vivo, tendrán dificultad en ver donde hasta ahora estuve fuera de mi centro, donde era verdaderamente *excéntrico*». Dió pruebas de su valentía en el trabajo y en el sufrimiento, en el infortunio y en la soledad. «Ningún dolor pu-

do ni puede ser capaz de hacerme prestar un falso testimonio de la vida, tal como se me presenta». (De una carta de 1880.) «Mi existencia es una carga terrible; me habría desentendido de ella hace mucho tiempo, si no hubiese visto que precisamente en este estado de sufrimiento y renunciamiento casi absoluto, era en el que yo hacía las observaciones y experiencias más instructivas en el dominio espiritual y moral;—esta alegría, ávida de conocimiento, me eleva á alturas en que me siento triunfante de todos los martirios y desesperaciones» (de una carta de 1880). Y más tarde escribió un día: «Que se hagan cargo de esto: los años en que mi vitalidad descendió al *minimum*, fueron aquellos en que cesé de ser pesimista». Sólo temía á una cosa: á la piedad. Le había causado espanto cuando aún era pesimista, durante su «educación» schopenhaueriana. Este temor, que tan extraordinariamente se opone á su bravura, encuentra en parte su explicación en el endurecimiento, querido por Nietzsche; pero está también en relación con su alma débil, para quien la piedad podía llegar á ser una tentación. Lo que desde luego entiende por piedad, es la forma pasiva, sentimental de la compasión, que es deprimente, tanto para el que la experimenta, como para aquel que es objeto de la piedad. Al fin la piedad le parece ser el último pecado grave que aún se puede cometer, cuando los demás llegan á ser imposibles. La influencia hipnótica que ejercieron en Nietzsche sus antipatías se manifiesta también aquí. Terminó por encontrar el aire viciado en toda Europa, por cualquiera parte por donde viajase ó donde residiese.

La forma literaria adoptada por Nietzsche fué determinada por su temperamento y por su estado enfermo. Sentía la necesidad de concentración, y hay en su producción ciertas ideas positivas fundamentales, que se esforzó en desarrollar por completo. Pero no estaba en condiciones de subordinar la impresión dominante del momento á las exigencias de la idea capital y de la impresión dominante. No poseía el don de dominarse propio de los maestros. De esto proviene la contradicción de sus pensamientos; la embriaguez de un mo-

mento no corresponde á la de otro. El aforismo llegó á ser su forma preferida, porque cada aforismo, aisladamente considerado, hace llegar un punto de vista á su expresión completa y con frecuencia sugestiva, para ceder enseguida el puesto á otros aforismos, que dicen todo lo contrario. El verdadero trabajo del pensamiento nunca es perfecto. Con razón se ha dicho de la forma del aforismo, que es peligrosa para Nietzsche. Ha llegado á él, en parte, por espíritu de imitación de los antiguos escritores franceses, sobre todo de Rochefoucault, tan admirado por él, y en parte por su falta de salud, que le hacía, por consiguiente, imposible todo trabajo persistente.

Producía paseándose y escribía sus pensamientos en forma suelta; tenían que redactarlos otros enseguida. «Garabateaba algo en una hoja, yendo de un lado á otro; no escribía nada en el cuarto de trabajo; mis amigos descifraban mis garabatos». (Carta á Eiser, 1880.) La popularidad de que goza Nietzsche la debe, en gran parte, á la forma; es muy fácil, en efecto, adquirir un «conocimiento superficial» de sus libros. El mismo dice en una de sus obras, compuesta en esta forma: «Un libro como éste no se hace para ser leído enteramente de un tirón y en alta voz, sino para ser abierto con frecuencia, sobre todo de paseo y de viaje». (*Aurora*, aforismo 454.) No es fácil, como dijo, encontrar su verdadero centro; pero, su propia forma de exposición, le hizo aún más difícil de lo que en sí y por sí mismo lo hubiera sido.

b) — *Las obras de Nietzsche.*

Con el temperamento discordante y oscilante de Nietzsche, no puede uno atenerse, para clasificar sus trabajos simplemente, al orden cronológico, sino que, por el contrario, hay que dividirlos en grupos, que tendremos que caracterizar por las relaciones diferentes que existen entre las ideas capitales, que predominan en el fondo del mismo.

1. *Primer grupo.* — El problema está planteado y la solución definitiva indicada. El carácter propio de este primer grupo

es la base histórica del planteamiento de los problemas que Nietzsche toma de sus estudios filológicos. Aquí se apoya sobre la sociología, mientras que Guyau se basa en la biología esencialmente. *El origen de la tragedia* (1872), no es solamente el primer trabajo importante de Nietzsche, sino tal vez, y al mismo tiempo, — por lo que respecta al planteamiento real del problema, — el más importante de todos sus escritos. Su gran idea de una nueva determinación de los valores de la vida aparece ya en este libro. En uno de sus últimos escritos, *El crepúsculo de los ídolos*, dice: «*El origen de la tragedia* fué mi primera transmutación de valores». La concepción trágico-patética de la vida, simbolizada por Dionysos y por Apolo, se presenta como antítesis del optimismo intelectual, representado por Sócrates. Las relaciones que existen entre la ciencia, el arte y la vida, están personificadas en estas tres figuras, y Dionysos ocupa el lugar preeminente, aunque el elemento apolinio, que informa y limita, esté mejor reconocido que en las obras posteriores.

El punto de vista así adquirido es aplicado en las *Consideraciones inactuales* (1873-1876) á la cultura intelectual alemana de la época. La primera de las cuatro consideraciones contiene una crítica penetrante de Strauss, la segunda una polémica contra la gran estimación en que se tiene el método histórico, la tercera y la cuarta glorifican á Schopenhauer y Wagner como grandes educadores. Las personalidades de ardientes aspiraciones, de sentimientos trágicos, se oponen aquí al pensador, satisfecho de sí mismo, á causa de sus resultados críticos y del modo puramente objetivo de ocuparse del pasado. Nietzsche creyó más tarde que había atribuido su propio estado de alma, lleno de esperanza, á Schopenhauer y á Wagner, que eran en realidad decadentes, y en el resto de su producción no cesó nunca de reaccionar contra su admiración precedente. Quema lo que adoró y enciende siempre la hoguera.

En este primer grupo — además de la relación esencial entre la ciencia, el arte y la vida — se desarrollan otras gran-

des ideas de Nietzsche: su aristocratismo radical, que ve en los grandes hombres el fin perseguido por la historia, y el dualismo social entre señores y esclavos, que está íntimamente unido á la idea precedente.

2. *Segundo grupo.*—Aquí resaltan más las contradicciones que existen en la serie de ideas de Nietzsche, al mismo tiempo que su contradicción con otros puntos de vista. Lo que principalmente es importante aquí es su ruptura con Schopenhauer y con Wagner. Nietzsche habla más tarde de una cura antiromántica á que se sometió, porque padecía la enfermedad, muy peligrosa, del romanticismo. Era preciso defender la vida contra las conclusiones que se querían sacar del dolor, de la ilusión y del aislamiento. Aquí quiere decir verdaderamente lo mismo que en una carta del año 1883, en que habla de su largo y penoso ascetismo intelectual, al que hace seis años que está sometido. Esta cura, ó este ascetismo, consistía en estudios realistas. Adquirió el conocimiento de las ciencias naturales, de la antigua filosofía francesa y de la filosofía inglesa contemporánea. Así se presentó en la serie de sus ideas un nuevo elemento, que no se dejó conciliar fácilmente con los ya presentes, y que fué la ocasión de una nueva polémica y de una nueva reacción. En aquel momento es en el que comenzó á emplear la forma del aforismo, y desde entonces le fué imposible librarse de él. La preponderancia del aforismo debía, naturalmente, llegar á ser más fuerte, á medida que las tendencias, las simpatías y las antipatías, aparecían en él más numerosas y aspiraban á expresarse.

Pero la curación que hizo aquí no fué solamente una curación pasajera. El problema moral culminó con más fuerza en su mente, presentándose como una forma especial del problema general de la cultura planteado en los primeros escritos. Surge en él una duda razonada referente á las suposiciones morales («determinaciones de valor»), consideradas hasta aquí como válidas en la vida y en el pensamiento. «Comencé á enterrar mi confianza en la moral». (Prefacio de *Aurora* de 1886.)

De este período son los escritos *Humano, demasiado humano* (1878-1880), *Aurora* (1881) y *La gaya ciencia* (1882).

Hacia el fin de *La gaya ciencia* se encuentra por primera vez una idea, que desempeñó un gran papel para Nietzsche en sus últimos años: la idea de que la evolución de la existencia es rítmica, de suerte, que lo que sucede una vez, se reproducirá en un período siguiente del mismo modo y en todos sus detalles. Al mismo tiempo empezó á surgir la figura de Zarathoustra, el gran profeta de la afirmación de la vida, que desciende hacia los hombres para anunciarles que la vida es bella, que se puede y que se debe querer el recomenzar. (*La gaya ciencia*, aforismo 341-342.) Poco tiempo después, Nietzsche compuso la primera parte de su *Zarathoustra*. Escribió á un amigo (Junio de 1883): «Lo que me queda aún de vida (creo que ha de ser muy poco), debe consagrarse por completo desde luego á expresar las razones que me han hecho adherirme á la vida en general. Pasó el tiempo del silencio: mi *Zarathoustra*, que te será enviado una de estas semanas, espero que ha de indicarte hacia qué alturas tendió su vuelo mi voluntad. No te dejes sorprender por la forma legendaria de este librito: detrás de todas estas palabras simples ó raras, se esconde *mi mayor seriedad y toda mi filosofía*».—No comprendo cómo Möbius ha podido creer que en este pasaje de *La gaya ciencia*, es donde la enfermedad de Nietzsche comenzó á atacar su vida intelectual, después de haber conmovido antes su vida sentimental. La figura de Zarathoustra interesaba á Nietzsche desde su juventud, estando, por otra parte, preparada por la figura de Dionysos en el origen de la tragedia. La idea del retorno de todas las cosas la debe Nietzsche á sus estudios griegos, puesto que se encuentra en los pitagóricos y en los estóicos; ahora le parece ser naturalmente la piedra de toque, que muestra cuán grande es la necesidad de la afirmación de la vida. Se podrá considerar como extravagante esta idea; pero precisamente en esta época es psicológicamente inteligible en Nietzsche. Él mismo dice en una nota autobiográfica: «El fondo mismo

de *Zarathoustra*, la idea del retorno eterno, esta fórmula del consentimiento, la más alta que puede alcanzarse, es del mes de Agosto del año de 1881; está oculta en una hoja con esta inscripción: 6.000 pies por encima del hombre y del tiempo. Me paseaba aquel día por las orillas del lago de Silvaplana, á través del bosque; me detuve cerca de un formidable bloque, que se eleva en forma de pirámide, á poca distancia de Surley. Allí se me ocurrió esta idea». El mismo libro de *Zarathoustra* no puede clasificarse en este grupo. Nietzsche interrumpió muchas veces su composición, á consecuencia de la necesidad que tenía de aventar sus sentimientos de polémica y antipatía con nuevos aforismos. No logró expresar completamente «su gran seriedad y toda su filosofía». *Más allá del bien y del mal* (1886), debía ser un comentario del *Zarathoustra* (que no estaba aún acabado,—y que nunca lo fué). Pero es un comentario que supone que se comprende el libro y que debe comentarse, sin acabarlo. En una carta (de Octubre de 1886), escribe Nietzsche: «¿Te ocupaste de mí *Más allá*? Es una especie de comentario de mi *Zarathoustra*. Pero sería preciso comprender *hasta qué punto* es un comentario con relación á *Zarathoustra*.—No se puede menos de preguntar, como los que se dispusieron á vivir «más allá del bien y del mal», creyéndose buenos nietzschianos, se conformaron realmente con esta exigencia hecha por su maestro. Es verdad que el papel que les está asignado no es fácil. ¡Y esta es una forma nueva de la tragedia en la vida y en el pensamiento de Nietzsche, que escribió comentarios para obras que no acabó, comentarios que, como tales, tendrían necesidad de obras!—La *Genealogía de la moral* (1887) debía ser á su vez un complemento de *Más allá*. Nietzsche ensaya en ella fundar históricamente el dualismo social, que ocupa tan claramente el primer lugar entre sus obras aforísticas.

En estos dos libros aparece claramente la teoría de la insurrección de los esclavos en la moral y la necesidad de una creación absolutamente nueva de valores, aunque Nietzsche

los refiera á su *Humano, demasiado humano*, y la haga datar de su permanencia en la Italia del Sur, en 1876. Gracias á estas dos ideas causó Nietzsche la mayor sensación en el público. Aquí se manifiesta el ardiente deseo de Nietzsche de sentirse lejos de la multitud, en el *Pathos de la distancia*, y su moral de castas se expresa en la forma más pesada. Pero hay que tener en cuenta que estos dos escritos no son más que fragmentos de una obra maestra, cuyo plan había concebido Nietzsche desde 1881 y que, por consiguiente, no pueden considerarse como su última palabra. Los sentimientos que revela en ella están definitivamente en contradicción muy clara con sus aspiraciones más profundas, y esta contradicción la sentía él mismo algunas veces.—Doña Isabel Förster-Nietzsche acaba de dar en el prefacio del tomo XV de las obras de Nietzsche, noticias sobre el encadenamiento de su producción literaria desde 1881 hasta 1888, y sobre todo acerca de la relación de las diferentes obras con la obra maestra y con su término positivo. Se puede advertir también en ellas que una serie de trabajos de polémica violenta, que aparecieron durante el último año de su equilibrio mental (1888), son también fragmentos de esta gran obra. Por ejemplo: *El caso Wagner*, *El crepúsculo de los ídolos*, *Nietzsche contra Wagner* y *El anticristo*.

3. *Tercer grupo*.—Fué un trabajo abrumador para Nietzsche expresar tan exageradamente sus antipatías y sus polémicas. Cuando estaba para acabar su obra capital, se le ve interrumpir su trabajo para apresurarse febrilmente á manifestar sus protestas. Y, sin embargo, el hombre que quería acometer la empresa de una conversión de valores (¡y aun de todos los valores!) debía tener empeño en explicarse á sí mismo y á los demás, sobre qué base y según qué regla tendría lugar esta conversión de valores. Pero esta base la buscó con mucho afán Nietzsche, aun cuando no haya llegado á exponerla completamente. No vió claramente que el aristocratism radical y el dualismo social, de los cuales se creía profeta en sus escritos y á los cuales debía sus mayores triunfos

literarios, estaban en contradicción irreductible con su idea capital, con su valor fundamental: la fuerza, la salud y la dicha de la vida.—En dos obras no terminadas trabajó en el desenvolvimiento de esta idea capital y en presentarla como la última medida del valor. Una de estas obras es: *Así habló Zarathoustra. Libro para todos y para ninguno*, cuyas cuatro partes aparecieron de 1883-1886. A estas cuatro partes se refiere esencialmente el plan importante de una parte final, que se imprimió en el tomo XII de sus obras (pág. 321). Otra obra que debía expresar, bajo una forma más filosófica, lo que expresaba *Zarathoustra* bajo una forma poética, es: *La voluntad de poder. Ensayo de una transmutación de todos los valores*; sólo existen fragmentos de esta obra publicados actualmente en el tomo XV de las obras completas. Debía tener la misma conclusión que *Zarathoustra*, puesto que el título del último libro estaba ya acordado: «Dionysos, Filosofía del retorno eterno». Pero Nietzsche se había agotado de tal modo con sus antipatías, que le faltaron fuerzas en este momento para encontrar imágenes é ideas que hubiesen dado una forma á su ideal positivo. Había perdido de tal modo el hábito de todo pensamiento bien desarrollado y desconfiaba hasta tal punto de este modo de pensar, como de toda forma determinada en general, que Apolo, por último, era tan incapaz como Sócrates de expresar lo que pensaba Dionysos. En un éxtasis Dionysos se desgarraba á sí mismo.

c)—*Punto de partida en la historia de la civilización.*

Nietzsche quería un nuevo Renacimiento y, como el Renacimiento italiano, comenzó haciendo el elogio de los griegos. En este terreno, sus aficiones filológicas y filosóficas se armonizaban. Después de haber obtenido, siendo aún muy joven, una cátedra de Filología en Basilea, temió convertirse en un filisteo y «un hombre del rebaño», si se sumergía en las especialidades. Quiso infundir á su ciencia una sangre nueva, haciéndola servir para ilustrar los grandes problemas

de la vida. En este ensayo, Schopenhauer y Wagner debían ser sus maestros.

El origen de la tragedia pone de relieve, constituyendo el punto culminante de la historia de la civilización griega, la fusión del entusiasmo dionisiaco y de la armonía apolinia. El delirio báquico, manifestación de la cantidad de vida desbordante, fué traducido en formas claras por la influencia delfica, que le presta expresiones imaginadas y artísticas. El arte trágico tuvo su cuna en los coros de los sátiros; los cantos del coro expresaban en su origen las visiones del coro, que asistía como espectador á la solicitud de su Dios, á su laceración y á su nuevo nacimiento. Así fué engendrada la tragedia por el espíritu de la música y sirvió para interpretar las grandes vicisitudes de la vida. La idea común que nos formamos del espíritu griego, y que debemos, sobre todo, á Winckelmann, Goethe y Schiller, no ha visto este fondo titánico de la antigua armonía. ¡Dionysos precursor de Apolo! La imagen, la palabra y la idea son secundarias y derivadas, con relación al gran retoñar de la vida.

La tragedia griega fué muerta por el socratismo, que supo persuadir á los hombres que lo que importa es saber, es comprender. Bajo su influencia, Eurípides fué el primero de los trágicos fastidiosos; la tragedia, poco á poco, debió ceder el puesto á la comedia burguesa, enojosa, y Platón convierte en irrisión el entusiasmo poético, de tal modo, que él mismo no sabe lo que hace. Aquí aparece un nuevo tipo de humanidad: el hombre de la razón, el investigador para quien, en definitiva, la investigación tiene más valor que el descubrimiento. Desde este momento, la lucha entre el espíritu trágico y el espíritu científico, en la interpretación del mundo, es continua, hasta que la liberación llega, gracias al *Fausto* de Goethe, la *Crítica de la Razón* de Kant, la Filosofía de Schopenhauer y la música de Wagner. Pero la más alta de estas potencias liberadoras es el arte de la música, tal como Wagner lo ha practicado; por la música tenemos el oído colocado sobre el mismo corazón de la existencia; en ella se agita el ele-

mento dionisiaco, la aspiración báquica siempre en movimiento, la fuerza más íntima y la base de toda la existencia. Es importante que esté despierta la necesidad de imágenes; pero la aspiración va más lejos que cualquiera imagen posible. El arte no es solamente la imitación de la naturaleza: la completa y la sobrepuja.

La historia de la civilización á la manera de Nietzsche, se hace á grandes rasgos; y esta observación se aplica, no solamente á lo que dice de la cultura griega, sino también al modo con que habla del Cristianismo, de la Reforma y de la Revolución en sus escritos posteriores. Personifica en Dionysos, en Apolo y en Sócrates tres tendencias, que siempre se han combatido en la vida humana. Desde el punto de vista puramente histórico, no tiene derecho de ver en el socratismo la causa principal de la decadencia de la cultura griega. La causa principal es esta: La vida griega fué arrastrada en el torbellino de los grandes sucesos del mundo y, en razón de su conformación (apolinia si se quiere), que la dividía en pequeños Estados, no tuvo lo que era preciso para mantenerse en las circunstancias nuevas. Desde el punto de vista psicológico, es arbitrario decir que la energía está informada por la imaginación, y que ambas están dirigidas por el pensamiento. Hay también siempre, en el individuo y en la especie, una corriente inversa de pensamiento, aportado por la imagen al sentimiento y á la voluntad. El mismo Sócrates fué evidentemente una fuerza positiva, el modelo de grandes caracteres armoniosos del fin de la antigüedad clásica, período en el cual no se trataba de cantar en coro, sino donde la voz de cada individuo (como en la tragedia completamente dramatizada), debía atestiguar el provecho que había sacado de la vida.

d)—*El fin de la historia y el dualismo social.*

Contra la gran importancia que, según su parecer, se ha atribuido en los tiempos modernos á la formación histórica, exclama Nietzsche: Pensad, pues, en vivir la vida. (*Memento vivere!*) No os dejéis gobiar por el pasado, de tal modo que

el instinto, la personalidad, el arte y el pensamiento, tengan que resentirse de esto. De otro modo vendrá un tiempo, como temía Hesiodo, en que los hombres serán viejos al nacer.

La importancia de la historia no está en donde se cree verla de ordinario, en el proceso infinito de la evolución ó en los destinos de la mayoría. Todo el valor de la historia se concentra en cada uno de los hombres verdaderamente grandes; en ellos alcanza su fin; y si el largo proceso histórico se toma en consideración, es porque proporciona la ocasión y la fuerza necesarias para la aparición de hombres de esta especie. El fin perseguido por la humanidad no puede encontrarse en el fin de la historia, sino que, por el contrario, sólo puede estar en los grandes ejemplos de la humanidad. Es un mal hablar mucho de evolución histórica; esto disipa nuestras fuerzas é impulsa la masa á la insurrección. Las grandes masas humanas sólo son medios, obstáculos ó copias—«y además el diablo y la estadística se encargan de llevarlas».—La grandeza no se cimenta en el efecto producido sobre la masa; lo que hay de mejor y más noble, no obra enteramente sobre ellos. Nietzsche manifestaba aquí su aristocratismo radical (radicalismo aristocrático es un término inexacto), (*consideraciones inactuales*, segunda consideración). Este aristocratismo es radical en el sentido de un aristocratismo perfecto. El sustantivo «radicalismo» hubiera sido impropriamente admitido por Nietzsche, que, por el contrario, es muy conservador en lo que concierne al «rebaño». Aquí hay que escoger: no se puede ser á la vez partidario de Nietzsche y «radical» desde el punto de vista social y político, y de ningún modo desde el punto de vista religioso. Es lo que ha visto muy bien uno de sus discípulos, que bajo el pseudónimo de Peter Gast redactó, editó y comentó, muchos de sus libros.

Las primeras razones del aristocratismo de Nietzsche están, pues, estrechamente unidas á su concepción de la historia, cuya importancia procura reducir lo más posible, lo que sin duda alguna logra cuando aparece el superhombre, y permanece allí dominando el pasado y el porvenir, sin ser el